

SEBASTIAN MIRANDA

Hace diez, quince años, al invitarnos a un cóctel o a una comida importante, los dueños de la casa solían advertir, con la seguridad de que no faltaríamos: "Viene Foxá", o "Viene Sánchez Mazas". Ahora suelen anunciar: "Viene Sebastián Miranda".

Cierto que Sebastián Miranda no es un intelectual, ni lo pretende; pero al cabo de los años ha logrado redondear una personalidad que no tiene par en la vida madrileña del momento. Al ingenio astur y a la gracia que le singularizan une condiciones aparentemente negativas, como la sordera, las cuales ha convertido en registros de su genialidad conversacional.

Cuando llego a su estudio, cerca de las dos de la tarde, está colocando paños húmedos en las estatuas de barro que tiene en preparación sobre los caballetes. Sus modelos de esta etapa son Margarita Franco, Carmen Fierro, las dos hermanas Jové Sela, la marquesa de Ulloa, Domingo Ortega...



Sebastián Miranda

—Y la estatua que voy a llevar a París, después de mis conferencias en Asturias, para entregársela a mi cliente Maurice Chevalier.

Salimos al jardín y entramos en la residencia del escultor. En la chimenea del salón arden dos grandes leños. La mesa donde trabaja Sebastián Miranda está cargada de papeles.

—Aquí tengo preparadas la conferencia de Oviedo y la de Avilés.

A la altura de los ochenta años, Sebastián Miranda ha entrado en un mundo que se le antoja maravilloso: el de la popularidad, que se traduce en actuaciones públicas como conferenciante y en escritor de artículos periodísticos.

—La conferencia de Oviedo se titula "Recuerdo de mi fraternal amigo Ramón Pérez de Ayala", y para resumir su contenido, puedo decir que refiero en ella cómo conocí a Ramón en el Instituto de Oviedo. Desde aquel momento hasta su muerte nuestra amistad no conoció tormentas ni siquiera pequeños incidentes. En 1900 él se fue a Londres, y yo, a Alemania. Nos veíamos en los veranos, en Asturias, y en 1910, cuando yo regresé de Italia y París, Ramón y yo pusimos un estudio juntos en la calle del Pez, número 20. Allí vivimos un par de años, al cabo de cuyo tiempo Ramón se fue a América, donde se casó. Regresó a España y se vino a vivir con su mujer a mi estudio de la calle de Montalbán, que había sido antes de Paco Sancha y que éste me había cedido.

En Avilés, Sebastián Miranda trazará las semblanzas de sus amigos Juan Belmonte, Valle-Inclán, Pío Baroja, Marañón y Julio Camba.

—¿Es cierto, Sebastián, que si vivieran Ayala y Camba no se atrevería usted a escribir artículos y a dar conferencias?

—No es cierto; es mucho más que cierto. Aunque vivieran mil años, yo no abriría la boca. Todo lo escrito se limitaría a las cartas familiares. Ayala, dado el fraternal cariño que me tenía, quizá hubiera tomado esta veleidad mía de una manera graciosa; no le hubiera importado. Pero Julio Camba... habría llegado hasta el crimen.

Está apoltronado junto a la lumbre, como un gran patriarca, tomándose un ape-

ritivo de anguila ahumada y una reserva de vino tinto.

—¡Ja, ja ja!...

—¿Qué ocurre, Sebastián?

—¡Hombre, que estoy pensando lo que es la popularidad!... Hasta hace año y medio, era para mí una cosa desconocida; pero a partir de la noche que salí por televisión, todo ha cambiado. La popularidad es algo que yo había apetecido toda la vida, pero que no soñaba con alcanzar.

Sebastián Miranda tiene un repertorio de anécdotas desbordantes de gracia, y que referidas por él se convierten en historias que pueden animar por sí solas una sobremesa o un fin de semana.

—Esto de la popularidad yo creí en un principio que era una cosa limitada a Barcelona; pero al llegar a Madrid me sorprendió que todo el mundo me daba la mano y se paraba en la calle al reconocermé. A los pocos días entré en unas galerías a comprar una colonia, y la vendedora, que era una criatura deliciosa, sin hacerme caso apenas, avisó a una compañera y le dijo: "Pili, aquí está el señor de la televisión." En un momento me encontré rodeado de gente, hasta que vino un embleado y me abrió calle para que pudiera salir. En la calle ocurrió otro tanto: la gente se aglomó de tal manera, que se creyó que había

ocurrido un accidente de automóvil. Se suspendió la circulación, y el agente, que venía enfadadísimo a deshacer aquella modeja de gente, al llegar a mí y reconocermé, me abraza y dice en alto: "¡Caramba, si es el de la televisión!"

Con una tenaza da vuelta a los leños de la chimenea y luego le dice a la famosa Sariiega, su gobernanta, que saque del garaje el coche de "sport" porque tiene que ir a recoger a Domingo Ortega para ir a los toros a las Ventas.

—Lo que no había logrado en toda mi vida lo he conseguido en media hora de televisión, adonde me llevaron, sin duda, por haber leído mis artículos de A B C. Mis amigos dicen que soy un vanidoso. En efecto, lo soy, pero un vanidoso no con abetenencia de admiración, sino de simpatía y de cariño de los demás. Esta es mi vanidad. lo puedo jurar. Porque yo sé que si pretendiese ser admirado de otra manera, haría el más espantoso de los ridículos.

Sebastián Miranda, acompañado de José María de Cossío—que va a su casona de Tudanca—, realizará ahora un viaje, como conferenciante, a Oviedo y Avilés. También la popularidad, aunque sea a la altura de los ochenta años, ha hecho que sea profeta en su tierra.—Marino GOMEZ-SANTOS.